

ANDRÉS PÉREZ

“MI OFICIO ES PROVOCAR

■ Rodeado de encajes antiguos y aristocráticas pelucas, el director Andrés Pérez estrena hoy su singular versión de «Madame de Sade», donde sólo hombres encarnan los roles femeninos.

Andrés Pérez no gusta de hacer *casting* ni audiciones para convocar a los actores de las obras que dirige. Menos aún para su versión de «Madame de Sade», que se estrena hoy, donde sólo hombres interpretan roles femeninos. La conformación del elenco fue producto del azar. De un momento a otro se encontró rodeado por seis amigos actores con los cuales estaba buscando una obra que poner en escena. “Me vi sin mujeres a mi alrededor. Soy muy receptivo a ese tipo de circunstancias. Me pregunté qué significaba eso”, recuerda Pérez.

Fue en ese momento en el que surgió la idea irrefrenable de acercarse de nuevo al texto del escritor japonés Yukio Mishima. Sin embargo, luego de este montaje barroco y sin concesiones, Pérez volverá al terreno que le es más cómodo: lo circense y lo popular. El próximo año presentará la obra «Nemesio pelao ¿qué es lo que te ha pasado?», original de Cristián Soto, una picaresca revisión del tópico universal de la búsqueda del padre bajo el prisma del Gran Circo Teatro.

—¿Por qué sólo hombres encarnan a los personajes femeninos de Madame de Sade?, recurso que resulta tan provocativo...

“Esta obra no puede no ser transgresora. Cualquier intento por suavizar «Madame de Sade» sería una traición a Sade y Mishima. Para mí no es ninguna novedad que hombres interpreten a mujeres porque está dentro de la tradición del teatro. Es propio que un actor encarne algo que no es. Además, como el autor es un japonés, Yukio Mishima, es mi forma de acercarme a la tradición de los onnagata, actores que se especializan en interpretar a mujeres”.

—Los intercambios de roles sexuales y la ambigüedad están presentes en toda tu obra...

“Cuando egresé de la Escuela de Teatro de la Universidad de Chile interpreté a La Celestina, que es una mujer de 75 años. Lo hice y lo aprendí desde dentro. Lo de «Madame de Sade» podría ser algo más escandaloso porque los actores tienen la misma edad que los personajes. Pareciera que cuando uno trabaja mujeres viejas es menos escandaloso que trabajar mujeres jóvenes”.

—¿Te interesa provocar y perturbar al público?

“Mi oficio es provocar y perturbar al público. Me interesa sacar al espectador del lugar donde está. No necesariamente a través del efecto sino a través de la belleza. Es la primera vez en mi carrera que uso tan macizamente el recurso de hombres vestidos de mujer”.



GONZALO LOPEZ

MORTALMENTE PARECIDOS

Tras las seis mujeres presentes en la obra de teatro «Madame de Sade» yace la influencia de dos sombríos personajes: su verdadero protagonista, el Marqués de Sade, y el autor, Yukio Mishima, escritor japonés que a través de esta puesta en escena intentó acercarse al alma femenina y exorcizar su ambigüedad sexual.

La vida de Sade no fue menos extraordinaria que sus escritos. Se casó con la heredera de una noble familia, Renee-Pelaige de Montreuil, en 1763. Pero la calma del matrimonio se rompió cuando afloraron sus conductas sexuales violentas y frenéticas. Sade disfrutaba torturando y sodomizando a su joven mujer en elaboradas orgías.

A pesar de los límites inadmisibles de la imaginación del noble francés, sus pecados en la vida real fueron de poca monta: al marqués

—Pero no es primera vez que en una de tus obras actores interpretan a mujeres..

“Siempre los ha habido. En «Noche de Reyes», por ejemplo, el actor Ignacio Mancilla hizo a Viola en Alemania, reemplazando a Ximena Rivas. En los Shakespeare nadie consideró escandaloso que mujeres hicieran roles de hombres. Pero al parecer

no se le atribuye más que el envenenamiento de cuatro prostitutas en Marsella. Hasta hoy se dice que en los alrededores de París gustaba de recoger indigentes para flagelarlos en privado, hecho que no está comprobado.

Entre tanto, las crisis existenciales de Yukio Mishima nacieron de la singular relación con su abuela. Una mujer histérica y enfermiza que obligaba al pequeño a dormir con ella y a vestirse con ropas de mujer por mero capricho. Bajo su consentimiento, asistió por primera vez al teatro kabuki, en cuyos sanguinarios suicidios se inspiró —ya adulto— para planear su muerte. El 24 de noviembre de 1970, Mishima se autoejecutó abriéndose el vientre para ser luego decapitado por un joven amante. Algunos de sus amigos confidenciaron que el escritor preparó por seis años la ceremonia.

hay sectores que defienden que la figura del hombre sea incólume”.

—¿Es el mismo efecto que ocupaste con el personaje de Willy Semler, Esperanza, en «La negra Ester»?

“Eso es algo diferente. El personaje que creó Willy Semler —que no existía en el poema de Roberto Parra, ya que el 40 % de lo que aparece

en la obra de teatro lo escribí yo y un gran porcentaje lo inventaron los actores— era un travesti. No era una mujer”.

—¿Cómo surgió la necesidad de la ambigüedad sexual de estos personajes?

“Tuve conversaciones imaginarias con Mishima, sabiendo que eran imaginarias. En su libro «Confesiones de una máscara», Mishima recuerda la impresión que tuvo cuando su abuela lo llevó por primera vez al teatro. Estando en el *foyer*, Mishima ve abrirse una puerta y detrás de ella aparece un onnagata fumando. En ese instante nació en mí el interés de hacer «Madame de Sade» con hombres por lo que significa la representación, lo doble y hasta donde se puede llegar con eso”.

—Ese primer encuentro de Mishima con el teatro te recordó tu primer acercamiento a las tablas...

“No. Mi primer encuentro con el teatro fue a través de elementos parateatrales relacionados con la misa y la liturgia católica. Al asistir con mis padres a la iglesia, que son muy católicos, me atrajo la ceremonia, las procesiones, los vía crucis, la Cuaresma, las estatuas y las cruces. Todos esos elementos misteriosos me gustaban. Cuando fui acólito me agradaba el olor a incienso, los pasos solemnes”.

—¿Por qué te alejaste tanto de tu vocación religiosa y optaste por el teatro?

“Cierta necesidad adolescente de la libertad y de estar alejado de las instituciones. De hecho, lo sigo haciendo. En un momento dado deseaba convertirme en sacerdote. Entré al seminario a los 14 años, me enfermé, caí en cama y me puse a adaptar una novela para el teatro”.

—Sostienes que en «Madame de Sade» buscas la belleza. ¿Cómo le explicas esa premisa al público que va a considerar grotesco el efecto de ambigüedad sexual?

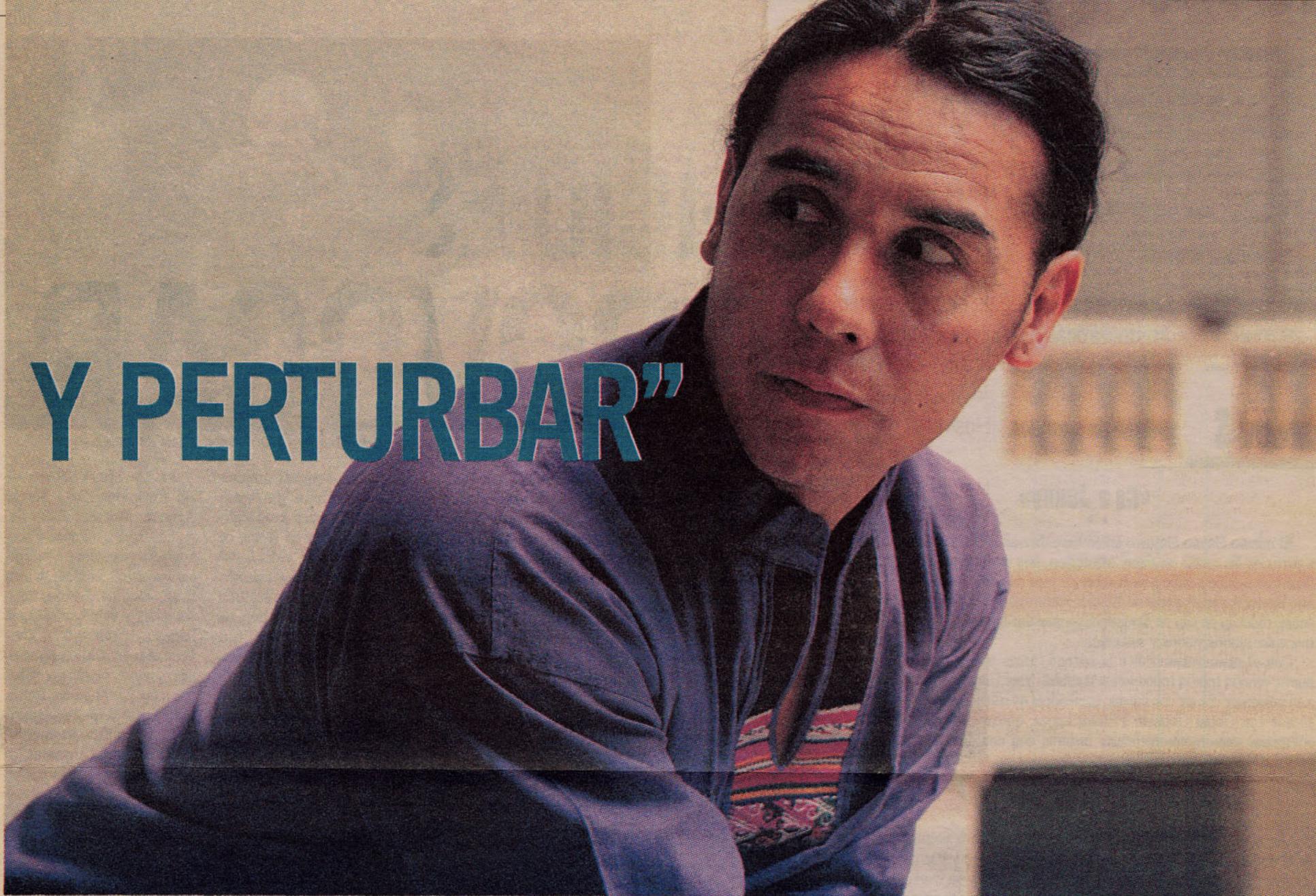
“Lo grotesco forma parte de la belleza. El que cree que lo bello es solamente un tipo de altura, un tipo de rostro, de nariz o de pelo debe saber que eso es imposición, no es belleza. Un hombre haciendo de mujer forma parte de la belleza”.

—Como Sade, ¿consideras la perversión y lo inmoral como parte de la belleza?

“No lo sé. Hay un espacio personal y privado de aceptación. Cuando las cosas se imponen ya sea por el dinero, comprando a otro o por la fuerza, ahí está el punto de la amoralidad”.

“SADE Y

Y PERTURBAR”



“Soy el ministro de mi propio gobierno, como soy el mendigo de mi propia basura, el rey de mi propio reino y el prostituto de mi propio burdel”, asegura Andrés Pérez.

—¿Por qué evocas figuras como Sade y Mishima?

“Sade, Mishima, Rimbaud, García Lorca forman parte del índice virtual, del libro negro de los chilenos. No estoy diciendo que haya que seguir la conducta de Sade, pero desconocer es ignorancia. Lo que me atrae de Mishima es cómo se fue atrapando a sí mismo con respecto a su opción sexual. Lo pongo en equivalente a tanto suicidio por no poder conciliar lo interior con lo exterior”.

—Como decía el cineasta Luis Buñuel, gran admirador de Sade, ¿te consideras “sadiano” pero no “sádico”?

“Sí. En el sentido de la libertad, de la transgresión y la investigación. Quiero que cierta gente se cuestione: Ah... ¿así es que el marqués de Sade existe?”.

—A tu juicio, ¿el arquetipo del marqués de Sade persiste hasta hoy?

“El marqués se ha democratizado”.

—A pesar de tu escozor por “lo institucional”, ¿persiste en ti el anhelo de convertirte en ministro de Cultura?

“No me desagradaría, pero visto el camino que ha trazado mi vida, no. Soy el ministro de mi propio gobierno, como soy el mendigo de mi propia basura, el rey de mi propio reino y el prostituto de mi propio burdel”.

Rodrigo Miranda.

«MADAME DE SADE» SEIS MUJERES EN BUSQUEDA DE UN MARQUES

Esta versión de la obra creada por el escritor japonés Yukio Mishima es la tercera que se realiza en Chile durante este año. Antes de Andrés Pérez, también fue llevada a las tablas por los directores Rodrigo Pérez y Andrés Ulloa.

La trama transcurre durante la Revolución Francesa, retratando a algunas de las mujeres que rodearon a Donatien-Alphonse-François, Marqués de Sade (1740-1812). Estructurada en forma de diálogos, la historia avanza gracias al contrapunto de seis voces femeninas que parlamentan en torno a un hombre ausente (el marqués), quien permanece inmaterial hasta el epílogo.

Un sexteto conformado por la fiel esposa (Renée de Sade) —quien acaba de participar en una cruel y degradante orgía organizada por su marido—, la suegra escandalizada (Madame de Montreuil), una beata amiga (Baronesa de Simiane), una especie de Sade-hembra (Condesa de Saint-Fond), la nuera y —a la vez— amante del marqués (Anne) y una servicial mucama (Charlotte). A través de cada uno de estos personajes, Mishima analiza a Sade desde diferentes puntos de vista: la ley, la moral, la religión, la carnalidad, la nobleza y el pueblo.

Según el director, Andrés Pérez, esta es una de sus obras más experimentales en relación al uso del espacio, la voz y el trabajo corporal de los actores, ya que sólo hombres interpretan los roles femeninos. El escenario de líneas orientales se trastoca en cada uno de los tres actos que

conforman la pieza. El primero se desarrolla dentro de una piscina repleta de papel, un homenaje a la cultura japonesa y los requisados escritos de Sade. En el segundo, la escena queda vacía y en el último acto, escurre agua que poco a poco va sumergiendo a los actores, en coincidencia con el noveno mes de la Revolución.

A diferencia de la estilizada versión de Rodrigo Pérez, aún en cartelera, esta puesta en escena posee una estética barroca y recargada. Movimientos, ademanes, pelucas y vestidos cortesanos se unen al intento del director de no ocultar la masculinidad detrás de cada representación, como una alegoría a la sombra de Sade siempre presente en el discurso de cada una de sus mujeres.

«MADAME DE SADE».— Original de Yukio Mishima. Dirección: Andrés Pérez. Elenco: Claudio Rodríguez, Ramón Llao, Ramón González, Manuel Peña, Fernando Gómez e Iván Álvarez de Araya. Asistente de dirección: Soledad Henríquez. Vestuario: Ricardo Oyarzún. Pelucas: Carlos Franco. Zapatos: Jorge Fariás. Peluquería: Francisco Llancaqueo. Iluminación: Luis Reinoso. Escenografía: Oscar Galleguillos, Andrés Pérez. Utilería: Cecilia Espinoza. Tramoya: Francisco Arao. Gráfica: Bernardo Arraiza. Asesoría danza antigua: Sara Vial. Funciones en la Sala El Trolley (San Martín 841) jueves, viernes y sábado, a las 21 horas. Entrada general \$ 7.000. Estudiantes y tercera edad \$ 3.000. Reservas al 7323035.

MISHIMA FORMAN PARTE DEL LIBRO NEGRO DE LOS CHILENOS”